



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

La condena de lo "posible"

El petróleo fue nuestra gran oportunidad y, curiosamente, se ha convertido en nuestra gran derrota. Nunca pudimos entender que era una mera herramienta, un simple producto que facilitaría el desarrollo económico de un país que debía, al tiempo que extraía las riquezas del subsuelo, construir infraestructura, fijar reglas claras y crear certezas jurídicas

Mientras las grandes economías del mundo se aprestan para emprender una colosal revolución energética —la solución y salida a la gran recesión que se avecina— en México discutimos sobre las herejías, sacrilegios y abominaciones petrolíferas que no podemos cometer bajo la custodia de Santa Constitución. Está muy bien, lo de volver a los orígenes y de consagrar, una vez más, los sacrosantos dogmas nacionales. Después de todo, eso es lo que deseamos fervientemente los mexicanos: seguir siendo nosotros mismos, no parecernos a nadie, hacer las cosas a nuestra manera y rendir culto, de forma permanente e inamovible, a nuestros dioses aunque éstos no sean de prosapia muy antigua sino deidades modificadas a discreción por los últimos jefes del régimen nacionalista-revolucionario.

Se ha terminado la época de los cambios, sin embargo. Zedillo estuvo a punto de privatizar la electricidad de este país pero su intento no pasó de significar una de las primeras expresiones de ese presidencialismo acotado que tan rotundamente exhibe las miserias de un sistema político que, paradójicamente, no fue diseñado para funcionar sin un presidente fuerte. Así las cosas, hoy día se acometen, en México, las reformas "posibles" y no las "deseables". Pero, nadie parece haberse detenido a reflexionar que un país que no aspira más que a lo posible

—sin mayores perspectivas y ambiciones— es un país condenado a la mediocridad. Tal es, con todo, el destino nacional que ha decretado nuestra clase política, esa subespecie parasitaria conformada por individuos vulgares, oportunistas y cortos de miras incapaces de fijar el calendario más allá de las siguientes elecciones.

El petróleo fue nuestra gran oportunidad y, curiosamente, se ha convertido en nuestra gran derrota. Nunca pudimos entender que era una mera herramienta, un simple producto que facilitaría el

En el resto del mundo, mientras tanto, se preparan para explotar el hidrógeno, la energía solar, la fuerza del viento y las mareas, las nuevas tecnologías. Pero, sigamos guardando nuestro petróleo

desarrollo económico de un país que debía, al tiempo que extraía las riquezas del subsuelo, construir

infraestructura, fijar reglas claras y crear certezas jurídicas en vez de traficar con el oro negro para beneficio directo de una casta gobernante y sus grupos clientelares. Naturalmente, para expropiar los hidrocarburos y transmutarlos en caja chica del Gobierno, sindicatos, contratistas y empleados de la empresa paraestatal, fue necesario santificar la propia naturaleza de la materia prima, consagrarla en el altar de los grandes principios de la patria y elevarla a rango de dogma indiscutible. El petróleo, así, dejó de ser un medio para alcanzar otros propósitos y se volvió un fin en sí mismo, una especie de representación de la esencia mexicana calculadamente avallada por los dirigentes políticos del momento. Tuvimos religión y derroche, en vez de pragmatismo y dividendos.

Nos encontramos, de tal manera, en la situación actual: Pemex, la gran empresa paraestatal explotadora de los hidrocarburos, tiene una deuda de pronóstico reservado, opera con pérdidas a pesar de los altos precios que ha alcanzado el barril en tiempos recientes, produce cada vez menos combustible, importa gasolinas del extranjero, se asocia con capitalistas privados en Texas para producir las gasolinas que la Constitución le prohíbe refinar aquí con financiamiento privado mexicano, carece de recursos para realizar las gigantescas inversiones que aseguren la soberanía energética de México en el futuro



y no ha incursionado siquiera en el terreno de las nuevas energías. Ah, y, mientras tanto, la mitad de la población de este país vive en la pobreza.

Nada de esto, a pesar de todo, ha perturbado las conciencias de esos legisladores nuestros que, con sólo imaginar —en la intimidad— que algún empresario particular pudiera construir un oleoducto para transportar, desde la frontera norte hasta el DeFectuoso, el diésel sin azufre que requieren los autobuses que compró Ebrard, se sienten traidores a la patria. Y así, con parecidas disyuntivas —traición o lealtad, patriotismo o entreguismo— hemos confeccionado una reforma petrolera... posible. Nada más. Sin grandes aspiraciones ni esperanzas. En el resto del mundo, mientras tanto, se preparan para explotar el hidrógeno, la energía solar, la fuerza del viento y las mareas, las nuevas tecnologías.

Pero, sigamos guardando nuestro petróleo. Amén. ■■

revueltas@me.com



ARTURO BERMÚDEZ